

Maximiliano Cava Marco

CASI UN SIGLO DE VIDA

**Memorias de un jubilado autodidacta,
nacido en Masegosa (Cuenca)**



Corrección, edición, y publicación por sus sobrinos Joaquín Esteban Cava y Salvador F. Cava

Masegosa, verano de 2014

MAXIMILIANO CAVA MARCO

CASI UN SIGLO DE VIDA

**Memorias de un jubilado autodidacta, nacido en Masegosa
(Cuenca)**

**Corrección, edición, y publicación por sus sobrinos
Joaquín Esteban Cava y Salvador F. Cava**

Masegosa, verano de 2014

Dep. Legal:

ÍNDICE

PRÓLOGO	1
I — MEMORIAS DE UNA VIDA	
Presentación	5
Sobre la infancia y la adolescencia	7
Nacimiento y alimentación	7
La escolarización	8
La primera comunión	11
De estudiantes a pastores	12
Peón en el camino vecinal de Beteta a Masegosa, Lagunaseca y Santa María del Val	14
El trabajo de los adultos	17
La agricultura	17
Los tratantes de caballerías	20
La ganadería	20
Oficios de invierno	25
Recolección y molido de la aceituna	25
Trabajos forestales	25
La maderada	26
Otros empleos eventuales	27
Tareas para quienes permanecían en el pueblo	31
La vestimenta	33
Elaboración de la lana	34
Comidas	35
La matanza	36
Otros oficios	39
Hornos y horneras	39
Resina y resineros	40
Servicios públicos	43
Funcionarios	43
El veterinario	44
Guardas forestales e ingenieros de montes	45
Secretarios municipales	46
Alguaciles	47
Carteros rurales	48
Maestros	48
Médicos	48
Practicantes	49
Sacerdotes	49
Alcaldes	49
Jueces de paz	50
Carpinteros y ebanistas	50
Molineros	50
Albañiles	50

Albardero	50
Herreros	51
Sastres	51
Duleros	51
Esquiladores	51
El alumbrado público	51
El agua corriente en el pueblo	52
El transporte público de viajeros	53
Juegos infantiles	55
El traspusquero	55
El moscardón	55
Aceitera, vinagrera	55
El juego de la rata	55
El timo del Gamusino	55
Meter gato por liebre	56
La Jajarabá	56
Fiestas locales	57
La hoguera de San Julián Canastero	57
Las hogueras de la «Malena» o la Candelaria y de San Blas	57
Los carnavales	58
La Semana Santa	58
Los mayos	60
La caridad	60
Fiesta mayor del pueblo	63
Los Santos Inocentes	63
Los quintos	64
La patente	64
Las bodas	65
La guerra civil	67
Los milicianos	69
Los años de guerra en el pueblo	73
De cómo el primer alcalde en tiempos de guerra se quitó la vida	78
La posguerra	79
La moneda	82
El racionamiento y el estraperlo	82
Nuevo ejército. Mi mili en África	83
Los maquis	87
Mi matrimonio	91
De cómo la familia de mi mujer sobrevivió a las dificultades	93
Compromiso y boda	96
Exclusivo para mi mujer	97
A vueltas con la salud	97
La emigración	101
Cusas de la emigración	101
No nos quedó más remedio que emigrar	103
Mi propia aventura	105

II — SOBRE PERSONAS, LUGARES Y DICHOS

Anécdotas y cosas curiosas	117
La inauguración de las escuelas de Beteta	117
Sobre la madera y su historia	118
Camino hacia Durón	120
El refranero español	123
Relación de parajes	129
Relación de tinadas	135
Relación de fuentes	143
Personas nacidas o conocidas en Masegosa	155
Apodos y nombres tradicionales	165

PRÓLOGO

El libro que sigue es el resultado de los recuerdos que Maximiliano Cava ha ido acumulando a lo largo de su dilatada vida, y que puso en cuadernos manuscritos durante los años de su jubilación. No es la suma de un siglo, pero casi, y el deseo de que lo cumpla está presente en nosotros.

Como el autor nos dirá más adelante, su formación escolar duró únicamente lo que va entre los seis y los ocho años y medio; más algunas horas de clases nocturnas para adultos. Más allá de esos conocimientos elementales, en lo demás, incluso en su esfuerzo por construir oraciones gramaticales, debemos considerarlo un autodidacta, con oficio de horas y constancia. El mismo que pregonaba el Lazarillo de Tormes.

Cuando nosotros, sus sobrinos, aceptamos el encargo de compilar y editar los muchos textos que tenía escritos, tuvimos que tomar, al menos, dos decisiones. La primera consistió en adulterar algo su forma de escribir. Maximiliano practica lo que se llama escritura automática: conforme pienso y verbalizo una idea, así la traslado al papel. Respetando su lenguaje y su discurso, hemos dado forma gramatical a aquellos párrafos que lo demandaban. La segunda decisión ha consistido en estructurar el libro, reproduciendo sus memorias no por el orden temático y temporal como las fue escribiendo, sino ordenadas cronológicamente por las vivencias que recuerda desde la infancia en adelante.

En los capítulos que contiene esta publicación hay una mezcla variopinta de temas: unos de ámbito más genérico, referidos a los espacios geográficos en que ha vivido; y otros más íntimos. Todo lo que hemos recogido en el libro nos parece interesante, por la razón de que puede servir de espejo para otras personas de su generación o inmediatamente posterior, a la vez que trae a la memoria de quienes nacimos más tarde experiencias oídas alguna vez a padres o abuelos. Además, su testimonio es un ejemplo de cuánto puede cambiar una sociedad a lo largo de una sola vida. En estos tiempos de tribulaciones, es gratificante ver en las memorias de Maximiliano Cava que, a pesar de los flujos de avance y retroceso con que suelen moverse las sociedades, y aún sabiendo que el dolor es la otra cara de la satisfacción, lo cierto es que no hay quien pare el progreso, por más palos que algunos se empeñen en poner en las ruedas.

El encargo de nuestro tío fue modesto. Nos pidió que hiciéramos una veintena de copias para repartir entre parientes y amigos. Ya puestos, hemos sobrepasado su encargo. Como Maximiliano escribe lo que su memoria recuerda y su cultura le permite, a veces toca temas interesantes sobre cuyo contenido se queda corto. En varios de estos casos nos hemos tomado la licencia de ampliar la información que él aporta con notas a pie de página. Sepa el lector, pues, que todas esas notas no pertenecen al autor de estas memorias, sino a nosotros, sus editores.

Salud y feliz lectura.

Salvador F. Cava y Joaquín Esteban Cava

I – MEMORIAS DE UNA VIDA

PRESENTACIÓN

Durante toda la vida he tenido un poco de afición a la lectura y la escritura, principalmente a esta última, pero por causas muy naturales, como ha sido el propio trabajo que desde la edad de los nueve años he venido ejerciendo en diversas actividades relacionadas todas con el campo, no he dispuesto de mucho tiempo libre para dedicarlo a este tema tan importante y necesario, debido a no haber tenido la oportunidad de obtener demasiados conocimientos sobre cultura general, ni tan siquiera lo más elemental como son los estudios primarios.

Con todo, gracias a esa gran afición, a partir del año 1984 que pasé a la jubilación, he dedicado buena parte del tiempo a repasar varias páginas de libros de escritos de gran relevancia, como novelas, historia de España, de Europa y del mundo; de las grandes contiendas y sus batalladores: fundamentalmente lo que consideraba de mayor interés, a ser posible lo más reciente. De esa forma, cuanto más moderna sea la obra y su autor, mejor provecho saca el lector, como es mi caso. Como acabo de comentar, a la par de la lectura, no menos importante considero la escritura.

Algo también quiero escribir sobre las vivencias de mi pueblo y sus gentes, y más directamente de las mías propias, que es de lo que más se trata. Difícilmente se pueden aportar datos concretos de todo lo acaecido durante estos últimos noventa y tres años sin ninguna nota tomada antes. Hay un refrán popular que casi la inmensa mayoría conocemos y que dice que no te acuerdas el domingo lo que cenaste la noche del sábado, y en cambio te acuerdas de ciertas cosas con edades como cuando la primera comunión más o menos.

¿Por qué, de alguna forma, no puedo yo también intentarlo? Lo más seguro es que un palo daré en el burro y el otro en la albarda. El caso es rellenar unas cuartillas y, a buen seguro, como no han de sufrir ninguna clase de censura como prensa, revista o cualquier otro medio, nada tengo que temer.

Nadie o casi nadie que no sea natural de Masegosa y haya nacido en la década de los años del veinte al treinta del pasado siglo y durante un período de noventa años tenga fijada allí su residencia, en ningún caso, digo, será capaz de separar uno por uno el total de los aciertos y los errores de esta pequeña biografía.

Más que nada se trata, sobre todo, de mis vivencias, que he tenido la idea de reflejar buena parte de las que vaya recordando y que me gusta repasar de cuando en cuando; una actividad como la de quien lee el periódico que cada día sale a la calle y también casi siempre dice lo mismo, y aparte cobran por ello. En cambio, estas cuartillas quedan rellenas sin ninguna intención de lucro y como es un trabajo mío propio sacaré unas copias y así familiares y personas íntimas conocerán este relato.

En mi caso, buena parte de esta pequeña biografía va dirigida al pueblo de Masegosa, pueblo que me vio nacer el día 9 de junio de 1921 en el seno de una honesta familia campesina, en la calle entonces llamada Travesía de la Iglesia, número ocho. Eran los cabezas de familia Claudio Cava Mayordomo y Cristina Marco Sanz, de donde nacimos cuatro hermanos, dos varones y dos hembras, con un intervalo de tiempo entre veinticuatro y treinta meses. En primer lugar un servidor, a continuación Emiliana y Dorotea, por este mismo orden, y por último

mi hermano Fernando, que debido a una profunda meningitis a los seis años dejó de existir.

Este pequeño pueblo está enclavado en plena Serranía Alta de Cuenca, a ochenta y cinco kilómetros de dicha capital. En la parte norte, a unos veinte kilómetros, limita con Peralejos de Las Truchas, cuyo pueblo pertenece a la provincia de Guadalajara. Divididas por el río Tajo, a cuarenta y cinco kilómetros se encuentra Molina de Aragón. Entre los pueblos colindantes, en un radio de acción no superior a veinte kilómetros, hay varios cuya relación de menor a mayor, tanto en vecinos como en habitantes, es la que sigue, aproximadamente: Cueva del Hierro, Valsalobre, El Tobar, Lagunaseca, Santa María del Val, Beteta y Poyatos.

Hacen un total de unos 300 vecinos y en torno a 800 habitantes en esta zona cercana a Masegosa, en plena Serranía. Estos son los pacientes que quedan a cargo del médico titular y la practicante de estas ocho aldeas.

SOBRE LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA

Comenzaré tratando sobre los más pequeños y, basándome en mi propia experiencia, intentaré reflejar buena parte de su forma de vida en aquellos años.

Nacimiento y alimentación

Ni las madres ni los propios hijos que se encontraban a punto de nacer recibían ninguna clase de atención al tiempo de venir al mundo, como médico, pediatra, comadrona, etc., ejerciendo aquella tan delicada tarea alguna señora entre las de mayor edad y bastante acostumbrada en aquellas circunstancias, más alguna de las propias madres del matrimonio, principalmente la de la propia esposa, como es normal.

Para cubrir su cuerpo por vez primera recibían unos pañales de retor¹ lavables y un ropillón de lienzo, más una pequeña manta que, debido a su reducido tamaño decían llamarse mantilla, con lo que más que una criatura representaba un bocadillo enrollado en un trozo de papel Albal; contando que no hubiera nacido en plena recolección de cereales en el propio rastrojo, que en algún caso también llegó a suceder como ahora ocurre en cualquier transporte de automóvil o taxi. En un caso tan extremo, los primeros auxilios que recibía eran recogerlo en el propio delantal de la madre o de cualquier otra segadora de la cuadrilla o de aquellas proximidades, y ser transportada en una caballería, que siempre existía, hasta llegar al pueblo. Yo soy conocedor de algún caso sucedido a no menos de quince kilómetros, tres horas de caballería, hasta recibir los primeros auxilios.

Referente a la parte alimentaria de aquellos recién nacidos, apaga la luz y vámonos; nada de lechecita, papillas ni yogures. Por entonces ni tan siquiera se oía hablar de semejantes ungüentos de farmacia. No cabían otros recursos que seguir amamantándose del pecho de la propia madre hasta entrados o pasados los veinticuatro meses de edad, cuando ya por su propio pie se enganchaban a la madre, desabotonándole el jubón, que ese era el nombre con que se cubría la primera parte del cuerpo, y que debido a la escasa y mala alimentación de la madre, pronto dejaban de chupetear, quedándose igual o peor que al principio.

A punto de llegar el siguiente hermanito, al igual que los restantes, todos debían continuar con aquella misma dieta con el fin de sobrevivir, y que tampoco para la propia madre resultaba demasiado fácil hacerle al bebé renunciar a aquel primer y único alimento del que durante los dos primeros años se había estado mal nutriendo, salvo algún plato de puré de simples patatas o gachas endulzadas con miel.

Para poder apartar aquellas criaturas del pecho de la madre, como acabo de referir, era necesario inventar algún procedimiento, y así lo hicieron o copiaron de sus propias madres o las madres de aquellas, abuelas de estas últimas. Aunque a simple vista parecía paradójico, se impregnaban la parte superior del pecho con

¹ Tela de algodón fuerte y ordinaria en que la trama y urdimbre están muy torcidas (Diccionario de la RAE)

el propio hollín del trasfuego de la lumbre, o como es lo mismo de la sartén, y en ocasiones se untaban pimentón al propio pezón. Ni el uno ni el otro sistema tardaban demasiado tiempo en demostrar su gran efecto para liberarse la madre de aquella carga que más bien se podía considerar más una costumbre que una necesidad.

La escolarización

En aquellos pueblos, como en tantos otros de los alrededores, nunca faltó una escuela mixta y su profesor, al menos en lo que yo creo recordar².

Con respecto a los hijos, de cuatro a seis retoños era lo normal que por entonces cada matrimonio traía al mundo, y en ningún caso en las escuelas faltaban alrededor de cuatro docenas de niños entre ambos sexos, ocupando aquellas rústicas mesas y bancos con unos tinteros de vidrio en el centro, o bien una especie de ceniceros en donde nos abastecíamos media docena de alumnos y en donde empezábamos a cursar todo el conjunto de asignaturas.

La antigua escuela se hallaba en el centro de la Plaza Mayor del pueblo, con vistas a sus cuatro extremos. En la planta baja había dos amplias aulas, que desde su primera construcción tenían miras al futuro, al igual que sus dos cómodas viviendas en la primera planta. Estas escuelas, a través de los tiempos, principalmente en su interior y particularmente en las viviendas, han recibido varias reformas, como también le ocurrió a la cubierta. Donde menos cambió fue en su parte exterior, salvo pintura y alguna ventana deteriorada, haciéndole mantener su antigua estructura³.

² Según consta en los informes educativos de los años 1905, 1930 y 1938, en los que Masegosa contaba con un censo de 231 a 381 vecinos, la población escolar era de 31 alumnos (1905), y el número de aulas era una, pasando a contar con una segunda en 1938. El 16 de mayo de 1934 se había decidido habilitar una segunda clase para niñas. Del mismo modo nos consta que en el curso 1931—32, un total de quince varones asistían con regularidad a las clases de adultos. Aunque la escuela unitaria fue un empeño pedagógico de la República, muy distinto al nacionalismo católico del franquismo, en los pequeños núcleos rurales de una sola aula y un solo maestro, tal eventualidad venía propiciada por los medios. Con todo, en guerra no hubo actividad escolar y, desde luego, no llegó a habilitarse el aulario para niñas. El último maestro antes de guerra, Luis Buil, iniciaría el curso 1936—1937, ausentándose a los pocos meses. Algunas de sus clases las impartiría un hijo de la familia donde se hospedaba, la de Juan Manuel Segura. Del mismo modo, en la casa del cura, quien aún permaneció en Masegosa durante bastante tiempo sin represalia alguna, también se impartieron clases de alfabetización y labores, tanto por él como por su asistente (M^a del Pilar García Salmerón: Educación y República en Cuenca, Diputación Provincial, 2003).

³ Importante debió ser la reforma de 1957, cuando sus patrocinadores dejaron señalada la fecha en el centro de su fachada principal. En el comentario de Maximiliano queda claro que el reloj actual fue posterior a la época que aquí comenta. De hecho, más adelante cita el autor la razón por la que unos maderistas regalaron el reloj para acallar una protesta vecinal sobre posible corrupción en la corta de pinos.

La cita para la escuela tenía el mismo horario que en el momento actual, solo que partido en dos mitades, aparte de que en aquellos tiempos y en aquellos lugares apenas existían los relojes. En lo más alto del edificio se hallaba una torreta; en esta se encontraba instalada una pequeña campana que a través de una cuerda atravesaba la primera planta y desde la propia puerta de su domicilio el maestro hacía sonar la alarma.

Como el conjunto del material de estudios se hallaba archivado en el armario del maestro, durante todo el tiempo que duraba la escolarización, al momento ya estábamos todos concentrados.

Tampoco podía faltar el tiempo de recreo. Este, al ser un tiempo tan limitado y al encontrarse el pueblo tan concentrado, salvo algún espontáneo que hubiera escapado a casa en busca de un zoquete de pan, estábamos todos en la plaza jugando y bastaba con una simple señal del maestro desde su misma puerta para que acudiéramos, sin necesidad de emplear el campanillo.

El tiempo de aprendizaje de aquellos niños, en la única escuela mixta existente, durante mucho tiempo fue bastante reducido. En mi caso, como en el de tantos otros, empezó el curso recién cumplidos los seis años, que era la norma general, y finalizó a los ocho y medio. O sea, desde el mes de septiembre de 1927 hasta marzo de 1930.

Treinta meses, o sea, dos años y medio, fueron suficientes para estudiar el conjunto de asignaturas, como tantos otros del pueblo en edades parejas, sin excepción entre niños y niñas. En aquel corto periodo de tiempo, cuanto apenas nos dio tiempo de aprender las tres primeras reglas más elementales de la aritmética: sumar, restar y multiplicar por dos cifras a lo sumo. Nada de lectura y escritura al dictado. Y tan sólo copiar las primeras letras del abecedario, distinguiendo las vocales de las consonantes.

La asignatura más estimada por entonces era la religión: dos horas diarias por la tarde empleaba el sacerdote en darnos lección⁴: en primer lugar del Padrenuestro, el Credo, la Salve y los siete primeros Mandamientos de la Ley de Dios. Aún guardo en la memoria tantos temas de aquel reducido libro no superior a 20 centímetros cuadrados y de no más de 100 páginas, que era el catecismo. Asignatura sobre la que un buen número de alumnos de ahora se manifiestan en contra, como un tiempo perdido. Respetando las opiniones entre el sí y el no, antes de haber suprimido la asignatura, que para entonces ya se encontraba en la ley, yo también me sumo a dicho cambio.

También aquello iba al margen con arreglo a la calidad de enseñanza respecto de la actual. Si lo comparamos con los chiquillos de estas fechas, recién terminados los primeros estudios de General Básica serían capaces de darle lección a cualquiera de aquellos maestros de aquellos tiempos. Acogiéndonos al refrán que todos bien conocemos: *pasas más hambre que un maestro de escuela*, ni ganaban ni enseñaban. Váyase lo uno por lo otro.

Aparte de esto, había una pequeña mejora añadida que los maestros recibían de los padres, como hortalizas y verduras que ellos mismos cultivaban en sus huertos y que también aquellos lo agradecían⁵.

⁴ El sacerdote al que se refiere, creemos que era D. Marino Hidalgo.

A partir de ahí, debido a la situación económica de aquellos tiempos y en aquellas zonas, se nos encargaba algún trabajo con el que aportar una pequeña ayuda a la unión familiar, que buena falta hacía en la inmensa mayoría de los hogares, aunque con corta diferencia en unos más que en otros; a excepción de algún funcionario público que sin necesidad de trabajar en el campo, su cosecha estaba asegurada al cien por cien de todo el conjunto de inclemencias del tiempo como pedrisco, sequía, inundaciones, incendios, etc.



Edificio actual de las antiguas escuelas.

⁵ Otra contribución en especie que el autor no cita, pero que se practicó hasta que se cerró la escuela, era la de aportar un leño cada mañana antes de entrar en clase. Esos leños eran el combustible que se quemaba bajo la chimenea de cada hogar: daban calor en invierno y servían, además, para cocer los guisos. Tenían una medida aproximada de un metro de longitud. Su objeto original consistía en contribuir a la alimentación de la estufa de leña que calentaba las aulas. En los años sesenta, cuando los editores de este libro íbamos a la escuela, fuimos testigos de los grandes camiones que se cargaban con los excedentes, camino de otros destinos.

La primera comunión

La celebración de la primera comunión era un acontecimiento muy deseado por los niños de aquella época, aunque, para decir verdad, la mía propia apenas si la recuerdo.

En pocos lugares, o casi me atrevería a decir que en ninguno de aquellos contornos, se hacía una pequeña fotografía de recuerdo. Una fotografía tan deseada para los padres y especialmente para los propios hijos, al carecer del paso de algún fotógrafo en aquellos tiempos y en aquellos lugares con un censo tan reducido de gentes. Pasados unos años después ya empezaron a aparecer fotografías de grupos de niños acompañados de sus profesores de colegio.

Tampoco por las mismas fechas e iguales lugares, y debido a la parca economía familiar, celebrábamos banquetes como ahora. Exentos quedábamos también de hacer regalos por tal motivo, y no digamos de comprar los lujosos trajes que en la actualidad estrenan los niños en ese día tan señalado, vestidos en su mayoría de marineros o azul marino; admirables asimismo las niñas al acercarse por primera vez al altar para recibir su primera comunión.

Con motivo de esta celebración, cabe recordar aquel refrán que dice que *la pobreza no es bajeza*: no por eso los niños eran menos felicitados por familiares, amigos de colegio y particulares del pueblo. También las madres de los comulgantes, incluso las de más baja economía, que cae menos mal que mencionar la palabra pobreza, ese día procuraban que sus hijos estrenaran su pantalón de pana recién confeccionado por el sastre del pueblo, el señor Gorgonio Rubio.

Este señor, debido a una herida recibida en el frente, durante la contienda del 36, sufrió la amputación de una pierna, por lo que quedó totalmente incapacitado para ejercer tareas agrícolas. De no haber sucedido aquella desgracia, a buen seguro que en el campo habría tenido su trabajo, que de antes ya lo conocía. Ante esa situación, se vio en la necesidad de elegir un oficio con el fin de sacar adelante un hogar compuesto de esposa y tres hijos de corta edad. Gorgonio optó por el oficio de sastre y, tras un corto periodo de aprendizaje, no tardó demasiado tiempo en instalar su propio taller.

Hasta aquellas fechas nos estuvimos sirviendo de otro profesional, natural de Peralejos de las Truchas, que también padecía de una profunda y total minusvalía. Así, tanto los vestidos de las niñas como los trajes de los niños solía confeccionarlos el sastre. El género utilizado en estas últimas décadas próximas a los años 1950 para la ropa de los varones de todas las edades era la pana.

Pasada la primera comunión, aquella ropa de chicos y chicas, fabricada con tan gran esmero, permanecía guardada en unas arcas de madera construidas por carpinteros del propio pueblo hasta que empezaron a aparecer los primeros cofres o baúles, como más conocidos.

Al día siguiente de la comunión, los niños volvían a vestir el mismo traje de diario, con los pantalones rotos por la rodilla una buena parte del tiempo, de tanto jugar y arrastrarnos por el suelo, o al menos trapeado con piezas de los ya desechados. Los nuevos ropajes permanecían almacenados en dicho baúl hasta el día de la fiesta mayor del pueblo, cuya patrona, la Virgen del Rosario, se celebra el día siete de octubre.

Lo más preocupante para nuestras madres no era la salida de aquellos vestidos y trajes por segunda vez a la calle, sino cuando empezaban a aparecer agu-

jereados por las rodilleras y el culo. En este último lugar no les causaba una mayor sensación, ya que estaban acostumbradas a verlos hasta bien entrados los tres años con un agujero atrás y otro delante para más comodidad de ellos y menor trabajo para las propias madres como responsables directas de todo el conjunto de limpieza y aseo del hogar.

Tampoco a nuestras madres, después de llegar bien entrada la noche de realizar las tareas de campo, les resultaba demasiado cómodo empezar a remendar los rotos de la ropa con piezas de otras aún más rotas y ya desechadas para un conjunto mínimo de entre tres y cuatro retoños que solía haber en cada uno de los hogares, con edades que distaban entre doce y dieciocho meses de unos a otros. Aparte de otras muchas tareas que, sin quererme extender sobre este tema, también recaían sobre los brazos de aquellas tan hacendosas mujeres, nuestras queridas madres.

De estudiantes a pastores

Tanto que se viene hablando en la televisión como en la prensa sobre la explotación de los niños del tercer mundo, ninguna sensación nos causa a los nacidos en aquellas fechas.

Con esa misma edad de los niños explotados de ahora, nos tocaba a nosotros empezar nuestro primer empleo, sin ninguna exclusión entre chicos y chicas.

Pasado el periodo de estudios, nos consideraban ya aptos para ejercer alguna actividad laboral, aunque no fuera de mucho compromiso. Qué mejor que, con la manta y el morral a la espalda, salir al campo diariamente, tanto si llovía como si hacía sol. Todas las horas del día estábamos al cuidado del ganado, entre un número de ovejas que variaba de cincuenta a cien, dependiendo de cada uno de los hogares.

Una vez que aparecían las primeras estrellas de la noche se encerraban en los establos. Muy atenta estaba la madre a esos instantes, con su buena candela de lumbre y unos calcetines de recambio preparados, así como el resto de la ropa, ya que la mayor parte de los días de invierno volvíamos empapados de agua.

Una vez cambiados de ropa y al tiempo de terminar la cena, sin importar que hubiera nieve, ya estábamos de nuevo en la calle haciendo alguna que otra gamberrada como cosa de la edad. Claro que sin mayores consecuencias. Esto contando con que no hubiese escuela de adultos, que nos era mucho más necesaria. Luego se puso todo en nuestra contra con el comienzo de la guerra civil, pues los maestros se fueron y las escuelas se cerraron.

Los tratos entre empresarios y trabajadores por aquellos tiempos, por regla general, se efectuaban verbalmente, sin la firma de documento alguno ni anticipo de dinero. En pocas ocasiones era necesaria la presencia de abogados y jueces, tampoco hacer ninguna clase de cursillos para obtener el primer empleo, y menos aún en el oficio de custodiar el ganado.

Según decían mis padres, al principio aún debí practicar un corto entrenamiento. En cada casa había una pequeña partida de ovejas, entre treinta y doscientas cabezas más o menos, y en la de mis padres se encontraba una de entre las más reducidas del pueblo. No tenían mis padres mucha confianza en que un chiquillo con tan breve edad y todos los días pastando entre los sembrados, fuera capaz de responder a la tarea recién encomendada. De ahí la idea que tuvo mi

padre de recurrir a un señor vecino de esta misma localidad, Pablo Caballero, que era el encargado de conducir una cantidad de ganado tres veces superior a la nuestra. Unidas las dos partidas en una sola manada, así pasé el verano para la confianza de mis padres y la mía propia, pues aunque de estatura representaba un poco bajito para nosotros resulté ser un gran hombre.

Siendo pleno verano, como el ganado sesteaba la mayor parte de las horas centrales del día, era obligatorio cuidar durante toda la noche, pero a quien le tocó la mayor parte de aquella vigilancia nocturna fue al señor Pablo, con un servidor en el puesto de ayudante. Nada más caer la noche me quedaba dormido en cualquier ribazo y al otro día, con el sol tendido, salía en busca del rebaño y de su pastor. Cuando por primera vez mi padre le hizo aquella proposición, él aceptó la condición de que durante la noche sería él sólo el responsable de la vigilancia del ganado.

Pasada aquella primera prueba en plan de experimento y sumados unos meses más, al siguiente invierno ya me consideraba yo algo responsable, y en vez de mandarme mis padres de apoyo con aquel señor o con cualquier otro del pueblo, me quedé yo solo al cargo de la pequeña partida que había en casa. Y no fue sólo eso. Por entonces, un señor también natural del pueblo, de las casas económicamente más sobresalientes, el tío Julián Mayordomo, compró una considerable partida de ovejas. Y digo considerable no por la cantidad, que fueron unas cuarenta y cinco, sino debido al importe de la cantidad de dinero pagado en efectivo y en el acto, lo que se podía considerar en aquellas fechas una operación muy valiosa. Esta partida de ganado provenía de El Tobar, habiendo pertenecido antes al señor Claudio, natural y vecino de dicho pueblo.

Siguiendo con el tema, se realizó el traslado de estos animales a sus nuevos propietarios, el tío Julián y su esposa Isidora. Este matrimonio empezaba a criar sus primeros hijos. Debido a aquella circunstancia, mis padres y aquel matrimonio acordaron que pasase yo a ser el responsable de dicha partida de animales, sumada a la propia que ya iba custodiando anteriormente. Con estas condiciones: siempre que una persona guardaba equis ovejas de cualquier vecino del pueblo, como costumbre cobraba un tanto por cabeza, normalmente por mes vencido, y así ambas partes acordaron que la manutención del pastor, o sea, la mía, también fuera compartida. Este sustento se restaría del importe del salario que acordaran. Lo que no recuerdo es el tiempo que duró aquel compromiso, pero supongo que no superaría los dos o tres años, puesto que no tardó en tomar el relevo alguna de mis hermanas. A partir de ahí supongo que ya pasaría a la mayoría de edad.

A medida que íbamos alcanzando la mayoría de edad algo también empezaba a cambiar, mayormente por parte de los varones, al hacerse cargo del relevo del ganado el siguiente miembro de la familia, oficio del que ninguno nos libramos y que terminaba entre los catorce y dieciséis años, hasta tanto apareciera algún trabajo en los montes públicos o algún tramo de carretera en construcción con cuyo jornal aportar algo de ayuda a la familia.

En cuanto a las chicas, debo decir que el cuidado del ganado era compartido entre ambos sexos al cincuenta por ciento, desde ocho años en adelante, como ya lo he adelantado. Normalmente, los descendientes en cada uno de los matrimonios se cifraban entre cuatro y seis retoños, con un intervalo de tiempo de entre dieciocho y treinta y seis meses, aproximadamente. Las chicas liberadas

de aquel primer empleo de pastoras se ocupaban de realizar trabajos de la casa y del campo, aquello que con respecto a la edad y el sexo pudiera corresponderles, como escardar, recoger hierba para las caballerías y los cerdos, sacar a pastar los corderos en los sembrados, cuidar de los hermanos menores, etc. También eran las encargadas de soltar y recoger las caballerías de la dula⁶ el día que por algún motivo no trabajaban. Y no se libraban de bajar paja del pajar para el abastecimiento de las mulas, coger yeros⁷, garbanzos, almortas o lentejas.

En la recolección de los cereales, desde los cinco años no nos salvábamos ni un solo miembro de la familia. Hasta los propios abuelos de la casa, siempre que los hubiera, debían esperar al acarreador, bien chica o chico, con el fin de ayudarle a descargar, preparar la comida y atacar bien las alforjas para el resto de la familia que había quedado en el tajo; además de quedar al cargo de algún nieto pequeño.

Peón en el camino vecinal de Beteta a Masegosa, Lagunaseca y Santa María del Val

Aún recuerdo que, al tiempo de dejar el empleo de pastor, el primer oficio que realicé por cuenta ajena fue de peón en la primera carretera que se construyó, de tercer o cuarto orden, desde Beteta, por Masegosa, Lagunaseca a Santa María del Val, y que unos años más tarde continuó hasta Poyatos. Aquél fue el primer trabajo con el que pude hacer la primera aportación de dinero a la familia.

Alrededor del año 1934, la Diputación de Cuenca sacó a concurso un tramo de carretera de alrededor de 26 kilómetros.

No existía en aquellos tiempos reglamento alguno de trabajo que yo recuerde, ni cartilla de seguro, como tampoco había edad que autorizara ni penalizara la entrada al trabajo; nada que ver con ahora. Por entonces, al ingresar al trabajo, me recibió el encargado, el señor Bernabé, que sólo se le conocía por el nombre de Tío Negro, un hombre moreno de mediana edad y regular estatura, respetando su gran honor y sin quitarle su mérito en el cargo que desempeñaba como capataz encargado de dicha obra, quien con quince años me tomó la afiliación, y a ingresar a la brigada como uno más entre tantos.

En aquel instante el corte se hallaba junto a las propias casas del pueblo, salida hacia Lagunaseca. La mitad de aquel grupo lo componíamos los del propio pueblo y que en este mismo momento varios nombres me cabe recordar. Eran, entre otros, Benigno Cava, Esteban Rodríguez, Modesto Martínez, Celedonio Mayordomo, Anastasio Rodrigo, Aquilino Sanz y Vicente Caballero.

Lo que también recuerdo era el horario de trabajo, a base de pico, pala y

⁶ Conjunto de las cabezas de ganado de los vecinos de un pueblo, que se envían a pastar juntas a un terreno comunal. Se usa especialmente hablando del ganado caballar. (Diccionario de la RAE).

⁷ El yero es una leguminosa anual parecida a la algarroba y muy utilizada como forraje. Su nombre científico es *Vicia ervilia*.

carretilla, de sol a sol, aparte una hora para la comida, donde el jornal estipulado consistía en 32 pesetas la jornada, 192 pesetas a la semana de seis días, es decir un total de 768 que aproximadamente percibíamos cada fin de mes.

Por terminación de obras dimos otro salto a las Huesas, entre Vega del Codorno y Tragacete. Nuestro alojamiento lo fijamos en un tejear junto al barrio de la Cueva, en donde vierte sus aguas el río Cuervo, sobre la misma cabecera de Vega del Codorno. Me acompañaron León y Benigno Cava, hermanos, Esteban Rodríguez, Celedonio Mayordomo, Anastasio Rodrigo y Aquilino Sanz, los únicos que también recuerdo, casi la misma media docena que al principio decía.

EL TRABAJO DE LOS ADULTOS



Carro de dos varas.

La agricultura

Las eras de pan trillar en este pueblo de Masegosa se encuentran ubicadas en el vértice entre dos pequeños valles, nada expuestas a riadas y desbordamientos. Como es natural, las eras están situadas en los dos extremos del pueblo, en los puntos de mayor altura, El Peñueco, Camino del Molino y Las Cruces. Cuando se acercaba el tiempo de la trilla, en otros lugares eran regadas y cilindradas con el fin de que no se produjera tierra ni polvo. En cambio, en los pueblos de estos alrededores que yo conozco, y particularmente en el nuestro, al encontrarse en un terreno sumamente arenoso, todas ellas estaban empedradas; un buen negocio para los oficios del pedernal, ya que buena parte del tiempo en vez de rodar la trilla dentro de la parva lo hacía sobre las propias baldosas, al encontrarlo más cómodo las caballerías que arrastraban el trillo, con lo que se soltaban las pedernalas⁸, y además, porque los conductores que la mayor parte del tiempo permanecían encima del trillo eran los más pequeños de la casa, al menos mientras los mayores se hallaban dando vueltas a la parva.

⁸ Lascas de piedra de pedernal colocadas en la parte inferior del trillo. Debido a su dureza y al filo de sus aristas, servían para moler la mies.

DISPONIBLE A LA VENTA